

EL NOTICIERO DE MULA

SEMANARIO DE INTERESES AGRÍCOLAS, LITERATURA, NOTICIAS Y ANUNCIOS.



Año III.

8 de Marzo de 1891

Núm. 100



SUSCRIPCION.

En Mula, 50 ctmos. al mes.—Fuera, 2 pesetas trimestre.—Pago anticipado.

REDACCION Y ADMINISTRACION.

OLMEDO, 4.

ANUNCIOS.

Se reciben en la Administracion de este periódico.—La correspondencia al director.

EL NOTICIERO DE MULA

LAS ESTACIONES.

PRIMAVERA.

Mamá, mamá, yo no se lo que siento.

—¿Que te pasa, hija mia?

—Qué se yo, pero, me pica el cuerpo, siento un gran desasosiego extraño y...

Eso consiste en las pulgas, las chinches y demas insectos de uso interior.

—No le diré que no, pero.—

—¿Qué pero es ese?

—Ayer se me declaró Arturo, y como me miraba de cierto modo, yo...

—Si, si; ya comprendo; efectos de la estacion.

—Estoy decidido, chico, pero completamente decidido.

—Piénsalo bien, Andrés.

—Ya está pensado.

—Toma café y reflexiona.

—Lo tomaré, pero es inútil.

—Mozo, mozo!

—¿Que hace falta?

—Un café á este caballero.

—Gracias.

—Tomando café se piensa mejor.

—No Ricardo, cuando las ofensas son del calibre de las mias, no hay quien las calme como no sea la venganza.

—Mañana nos veremos.

—Bueno, hasta mañana.

Pasan veinticuatro horas.

Ricardo vuelve al café á esperar á su amigo Andrés.

Han pasado dos horas y el amigo no parece.

Ricardo pide un periódico para matar el tiempo.

De pronto, lanza una exclamacion.

—¿Qué le pasa á V., caballero? Dice uno que está en la mesa inmediata.

—Una mala noticia, puesto que se trata de un amigo mio.

—A ver, á ver.

—Oiga usted.

Soy todo oidos.

Ricardo lee lo siguiente:

«Anoche en la calle Mayor anduvieron á palos dos jóvenes bien portados.

Segun oimos en el sitio del suceso, era cuestion de faldas.

Uno de los contendientes, D. Andrés Gomez, salió del lance con la cabeza rota.

La primavera empieza á hacer de las suyas.»

A Dios, Pablo.

—¿Dónde vas tan deprisa, Teodoro?

—Tengo mucho que hacer.

—Ya se sabe; en este tiempo los emplea-

dos de la Vicaria están siempre ocupados. Todos quieren casarse.

—Es cierto, y no faltan aficionados al santo lazo, pero eso no constituye todo el trabajo que ahora tenemos.

—¿Pues, qué es?

—Los divorcios, amigo mio, los divorcios.

—¿Los divorcios?

—Si; parece que han tocado á descasarse.

¡Diablo!

—Unos quieren entrar en la cofradía y otros salir.

—Pues, divertirse.

—No será mucho; porque hay ochenta divorcios en cartera.

—¡Horror! Adios.

—No te cases, chico, no te cases.

Varios ciegos vendedores de papeles impresos.

—«El Imparcial» con los tres suicidios que hubo anoche!

—El «Globo» con el asesinato de ayer.

Un transeunte: Esto es atroz. La primavera enciende de tal modo la sangre, que el mundo arde.

Flores, armonías; noches templadas y cielo transparente.

La naturaleza se viste de gala, sin duda para compensar un tanto á la humanidad sus diarios descarrilamientos.

Esta estacion presenta las dos caras de la vida en ese continuo claro obscuro de la risa y el llanto.

ESTIO.

En los jardines del Buen Retiro.

En una fila de sillas hay cuatro señoras; dos son jóvenes, bellas y solteras.

Detras hay dos pollos elegantes que miran á las pollas con ojos codiciosos.

—¿Qué hermosa es la rubia, Carlos!

—Es cierto, Enrique, pero la morena no le vá en zaga.

—Ambas son de primera.

—Y la rubia ha vuelto dos veces la cabeza

—Calla, y oigamos.

—¿Qué calor, Ernestina.

—Insoponible, Pepita.

—¿No te bañas?

—Si; voy al Niágara. ¿Como papá está enfermo, no hemos podido salir de Madrid.

—Pues, yo puedo que vaya á S. Juan de Luz.

—¿Cuanto te envidio.

—Yo tambien me estoy bañando en casa.

—Claro; hace tanto calor!

—Me estoy dando baños de placer á diez y ocho grados bajo cero.

Enrique.—Ave Maria Purísima?

Carlos.—¿Qué calor debe tener esta polla.

Enrique.—Yo la abandono; no me gustan las mujeres tan entendidas en el termómetro.

¿Dónde vá usted Doctor?

—A ver enfermos.

—¿Hay muchos?

—Muchísimos. Ese Prado con sus tercianas inevitables es nuestro «veranillo».

—¿Qué dirán las gentes, Amadeo!

—Dirán que no tenemos dinero, y estarán en lo firme.

—No salin de Madrid, no lucir el talle en Biarritz; esto es horrible.

—Si tu primo me hubiera prestado los mil duros...

—Es un canalla, despues de...

—¿De qué, mujer, de qué?

—Pues, claro; despues de los muchos favores que debe á la familia.

—Me habias puesto en cuidado.

—Yo estoy abochornada.

—¿Por tu primo?

—No, hombre, porque nos quedamos en Madrid.

Vámonos á Arganda, Rafael, y diremos despues que hemos estado en cualquier balneario elegante.

—Eso no le cuela á nadie.

—Si, Rafael; en el mundo hay muchos tontos y de ellos vivimos los discretos.

¿Vas á Biarritz, Ernesto?

—Si; he dado un sablazo á un amigo, otro á mi sastre y otro á mi zapatero.

—¿De modo?..

—Que, al pelo!

—¿Y cómo te las vas á gobernar á la vuelta?

Pues, montado en esta gran frase: «trampa adelante».

Madrid parece un cementerio.

Los afortunados se refocilan en las playas extranjeras ó en las patrias.

Los desheredados pasan aquí las viruelas, la escarlatina y el moquillo.

La corte parece un vasto panteon poblado por sombras.

Estacion en que desde la vida hasta el bolsillo todo está anémico.

OTOÑO.

¿Cuándo has vuelto?

—Ayer. ¿Y tu, no has salido de Madrid.

—Si; he estado en Suiza.

(Como mientel)

—¿Y os habeis divertido?

—Extraordinariamente.

—¿Cuanto me alegro!

—Hemos estado en Portugalete lo mejor de Madrid.

—Gracias.

—Y ha habido muchas intrigas amorosas.

—¿Si?

—Bah! Pues, si hoy tengo tres novias.

—¿Tres?

—Y una con quien he roto por que un dia